

EL PATRIMONIO VIRTUAL DE LA COMARCA DE LA SIERRA

Excelentísimas autoridades, queridos paisanos, señoras y señores.

He de comenzar mi intervención agradeciendo a los organizadores de estas Jornadas el honor que supone para quien nació en esta bendita ciudad de Aracena, pasó en ella su niñez y adolescencia y regresa a sus raíces cada vez que sus ocupaciones se lo permiten, disponer de la ocasión de dirigirse a sus paisanos para expresar unas vivencias y unas inquietudes profesionales que, en parte, ve con satisfacción cómo empiezan a tomar cuerpo allí donde más desea que se manifiesten.

En segundo lugar, he de congratularme precisamente por el hecho de que se celebren en la Comarca de la Sierra unas Jornadas cuyo programa está concebido con amplitud de miras, centrado en la realidad genuina, pero también abierto a otras inquietudes con proyección de futuro.

He titulado esta conferencia «Patrimonio virtual de la Comarca de la Sierra». ¿Por qué? ¿Qué quiero expresar con el término virtual? Ante todo, una proyección de futuro en el que cada vez tendrá más importancia la actividad de tipo intelectual, que no se ve, que no se materializa en objetos como puede materializarse una actividad artesana o ganadera, por ejemplo. Por eso se denomina «virtual» como opuesta a material, que no como opuesto a real. Se habla, así, de realidad virtual, de empresas virtuales, etc.

El hecho es que estamos entrando en una nueva era de la vida de la humanidad. Una era en la que la vida será distinta y que está marcada, fundamentalmente, por las posibilidades que permiten las nuevas tecnologías de la información y la comunicación: la informática y las telecomunicaciones. Estas tecnologías *nos afectan a todos en todos los órdenes de nuestras vidas.*

(Se trata de un mundo diferente, caracterizado por situaciones

vivenciales totalmente nuevas. Un mundo en el que el hombre ha roto con multitud de vivencias históricas y con situaciones que le ligaban a un pasado vivido en solución de continuidad con las condiciones impuestas por su naturaleza y su ambiente.)

Nos encontramos ante un cambio o transformación radical que se produce cada pocos cientos de años en la historia de Occidente. Un cambio tan extenso y profundo que supone el que los nietos —y aun los hijos— sean incapaces de comprender el mundo en que nacieron sus padres. Uno de sus teóricos, Peter Drucker, considera que sólo ha tenido tres antecedentes:

a) El siglo XIII, cuando, entre otros fenómenos, el mundo europeo cambió su centro del campo a la ciudad, surgieron los gremios como nuevos grupos sociales dominantes, renació el comercio entre grandes distancias y nacieron las universidades como nuevos centros de cultura, en sustitución de los monasterios.

b) Un segundo antecedente se produjo después de la invención de la imprenta, la Reforma protestante y el renacimiento, el descubrimiento de América y la creación de la infantería española, «primer ejército permanente desde las legiones romanas».

c) La siguiente transformación se corresponde con la Revolución industrial.

Toffler, en su ya clásica obra *La tercera ola*, habla de tres oleadas: la agrícola, la industrial y la de la transformación, en la que acabamos de entrar.

Ocurre ahora, sin embargo, que la transformación no se limita a la sociedad y a la historia occidentales. Es mundial. Global. Afecta a todos y es difícil predecir cómo va a ser el mundo que resulte de ella. De lo único de que podemos estar seguros es de que la sociedad con que entraremos en el siglo XXI, para el que sólo faltan tres años; la sociedad que surja del presente reordenamiento de valores, creencias, estructuras sociales y económicas, sistemas e ideas políticas, será realmente diferente de lo que podamos imaginar. Puede que incluso sea necio tratar de predecir el futuro con una mínima pretensión de exactitud.

A pesar de ello, estamos obligados a hacer un esfuerzo de imaginación e intentar comprender en qué consiste el fenómeno, cuáles son sus causas fundamentales, y tratar de imaginar el futuro. Y como para hacer prospectiva con fundamento hay que conocer la historia, lo mejor es centrarse en el común denominador de estos cambios, el que los protagoniza, los sufre y les sobrevive: el hombre.

Lo que acontece, en definitiva, en estos cambios es que el hombre pierde *su* mundo: aquéllo que conforma su mentalidad; lo que puede abarcar con sus sentidos y con su sentimiento; lo que moldea la consciencia de sí y de cuanto le rodea. Y tabla de salvación a la que se aferra en las situaciones extremas. Este mundo *suyo* lo pierde por la acción de unas fuerzas que, generadas por él, acaban escapando a su control. Y entonces se ve obligado a reconstruirlo. En este sentido, y desligándonos de la división anterior de Drucker, sólo vemos dos momentos históricos en que el hombre haya tenido que cambiar radicalmente *su* mundo: uno es el de la primera revolución industrial; el otro es el momento actual.

El mundo del hombre, tal como lo hemos definido, fue prácticamente el mismo desde el principio de los tiempos hasta la primera revolución industrial. Hasta entonces (mención aparte de las diferentes religiones e ideas que le venían más o menos impuestas), hasta esa primera revolución industrial, el hombre había podido forjarse su mundo a partir solamente de sus sentidos, porque cuanto le rodeaba tenía una escala humana. Y en consecuencia, era capaz de dominarlo y, lo que es más importante, de comprenderlo y de comprenderse dentro de él. Alzaba la vista y veía su tierra, sobre la que se inclinaba; el producto de ella que arrancaba con sus manos, el horizonte —siempre el mismo—, el campanario de la iglesia, el castillo. Todos los sonidos le eran familiares, al igual que los olores, colores y sabores.

Desde este punto de vista, el mundo no cambió gran cosa con el surgimiento de las ciudades medievales —también las polis tenían dimensiones humanas—, los oficios y los gremios. El artesano, el burgués que habitaba en ellas, seguía pudiendo construirse *su* mundo a partir de sus sentidos y aplicándose a cosas concretas. Los grandes viajeros que regresaban de lugares lejanos les informaban de que el mundo era más de lo que ellos conocían. Incluso el descubrimiento de la imprenta hizo que su saber se incrementara y su imaginación pudiera viajar, pero nada de esto cambia-

ba realmente su mundo. Veía, olía, palpaba aquello sobre lo que se aplicaba, conocía sus límites, su tierra y a su dueño. Y poco a poco había ido mejorando su suerte, a partir de la esclavitud.

En cambio, la revolución industrial sí modificó el mundo de estas personas. Perdidos sus oficios artesanos a manos de la fabricación industrial, unos; trasplantados a las grandes ciudades, otros; encerrados interminables horas en las enormes fábricas, viviendo entre gente también recién llegada y desconocida, aquellos hombres perdieron sus puntos de referencia claves. El tamaño, la complejidad y la variedad de sus nuevos entornos le impidieron seguir abarcando el mundo con sus solos sentidos y, por otra parte, al disociarse religión y metafísica con el siglo de las luces, comprenderlo y comprenderse dentro de él. Todo ello le desorientó en el sentido más vivencial de la palabra. Para este hombre, lo concreto y lo inmutable ya no eran sino una serie de objetos y relaciones que conformaban inmediatamente su vida. Y a partir de esto tenía que comenzar a reconstruirse su mundo.

Marx constató perfectamente el fenómeno y sobre él edificó su teoría. Vio que el hombre tenía que partir de cosas y hechos muy concretos: las relaciones de producción contraídas, independientemente de su voluntad, necesarias, determinadas. Y a partir de ellas el hombre tenía que construirse su estructura económica y sus superestructuras.

Lo que viene después es conocido: esa situación evolucionó. Con la revolución de la productividad originada por la tecnología y el taylorismo cambió radicalmente el mundo surgido de la revolución industrial. En los años cincuenta, el hombre occidental podía volver a disfrutar de un mundo que consideraba estable. Había desarrollo, riqueza, bienestar (¡y al parecer para todos!). En definitiva, había vuelto a reconstruir su mundo, que no vamos a esforzarnos en describir porque ha pervivido hasta hace muy poco.

Hasta hace muy poco. Hasta estas últimas décadas en que se ha producido el llamado fin de la modernidad: de la confianza en el progreso ilimitado, en la salvación del hombre por la sociedad, que formulara Rousseau y que alcanzaría su punto culminante en los países del llamado socialismo real. El cuestionamiento de que el progreso técnico lleva aparejado el progreso moral, que era la «verdad de Occidente». La constatación de los límites del crecimiento. El descreimiento en el futuro. La irreverencia hacia el pasado. El fin del Estado del bienestar y de la seguridad econó-

mica y social. La utopía, en fin, disuelta en múltiples heterotopías. No es que sea el fin de la Historia, como proclamó Fukuyama, pero ahora sabemos que ya no hay una historia única.

Tampoco en esta encrucijada de la sociedad cabe la utopía del «buen salvaje», feliz en su fábrica o en su oficina de la segunda ola, como no pudo caber en esta segunda ola la utopía del buen salvaje de la Edad de Oro. La enorme complejidad de la sociedad actual hace que ya no sea factible pensar en ella en términos mecanicistas, sino biológicos, independientes y altamente aleatorios. Es una sociedad de la interacción, de interface, multifocal, en la que pierde relevancia la estructura piramidal.

Con todo ello, el hombre siente nuevamente que el mundo se hunde bajo sus pies y, como aconteciera con la primera revolución industrial, trata de aferrarse a lo concreto... para darse cuenta —con infinita desesperación— de que no existe nada concreto.

Porque para aquel hombre de la primera revolución industrial, las relaciones de producción seguían siendo relaciones con algo tangible: una materia prima que podía tocar y ver, que olía y sentía. Una máquina cuyo funcionamiento bruto podía llegar a comprender: echaba unas paletadas de carbón, veía el humo, oía el ruido, sufría el calor, captaba el movimiento. *Unos compañeros que estaban junto a él y un patrón al que veía todos los días, porque generalmente tenía su despacho, o su garita, encima de la fábrica.*

Hoy, no: el hombre que trata de asirse desesperadamente a lo concreto se encuentra con que la materia prima de producción es la información, el saber, el conocimiento, invisibles por naturaleza y absolutamente transnacionales. La máquina, que es el ordenador en cualquiera de sus formas, no produce movimiento, ruido ni calor, ni hay que alimentarla con esfuerzo alguno. Las vías de transportes son las telecomunicaciones, que mueven algo tan intangible como electrones o fotones. Los compañeros de trabajo están aplicados a sus máquinas mudas, que exigen gran concentración, o incluso aislados en sus casas, mediante el teletrabajo. Y el patrón no existe, porque la mundialización de la economía hace que el propietario del capital sea desconocido.

Esta naturaleza absolutamente inmaterial de las relaciones de producción —que han convertido al proletariado en cognitariado, en expresión de Toffler—

puede ayudar a explicar el increíble hecho de que se haya disuelto como un azucarillo un imperio tan soberbio como el soviético. Porque el hombre de Marx —una variedad, junto con la capitalista, del hombre industrial, en suma— se ha quedado también sin su mundo.

Y mientras todo esto ocurre, la eclosión de los medios de comunicación presenta a este auténtico náufrago un mundo lleno de colorido y de evasión. En él se le dice que tiene que reciclarse, que formarse continuamente, incluso a través de esos medios. Pero en su mayoría, este hombre sólo ve que pierde una y otra vez el tren de ese progreso infinito sobre el que había construido *su* mundo. Ante ello, se mete en casa, se refugia en esos mismos medios y se aferra al mando automático de su televisor desesperadamente, mendigando materialmente evasión, información, entretenimiento, respuestas, soluciones. Es un hombre burbuja que lleva al límite el subjetivismo ecléctico postmodernista. Es el integrante de una sociedad quebrada.

Con la globalización, ese hombre ha perdido la escala humana. La transnacionalización de la información desborda identificaciones nacionales y culturales. Y se aferra a lo particular. Porque necesita unas raíces. Algo que nuevamente pueda abarcar, comprender, interiorizar, para reconstruir *su* mundo. Los nacionalismos absorben en este terreno buena parte de su savia.

La tragedia de este hombre —entre los que nos encontramos nosotros mismos— es que no va a ser él quien construya el mundo nuevo. Entre otras cosas, porque aún no ha sido capaz de descubrir cómo funciona realmente la economía del saber. Aún no ha nacido el Adam Smith, el Ricardo o el Keynes de esta nueva economía. Pero la sociedad del saber la hará el hombre, porque sólo él puede encarnar el saber (la información, en cambio, puede residir en diferentes soportes).

En algún lugar he leído a Manuel Castells afirmar, en este mismo sentido, que «la transición tecnológica no podrá ser asumida plenamente por la actual generación adulta. Sólo personas que desde la infancia se han familiarizado con el nuevo entorno de las tecnologías de la información en el que estaremos sumidos cada vez más, serán capaz de organizar sus circuitos cerebrales en consonancia con la nueva lógica de hacer y pensar que implican las nuevas tecnologías».

El mundo nuevo lo va a construir ese «nieto» de que habla Drucker, incapaz de comprender el mundo de su abuelo. Ese niño, desde que se incorpora en la cuna está frente a un televisor aprendiendo que ochenta más veinte son cien, antes de aprender que dos más dos son cuatro; conoce perfectamente a los bosquimanos o a los massai antes que al vecino de enfrente; ha visto mil desnudos y escenas de sexo antes de descubrir su propio cuerpo o de saber el significado del amor. Ha aprendido de una forma totalmente anárquica, mosaico, como la definiera genialmente Mac Luhan. Además, con el avance de la automatización, está acostumbrado a obtenerlo casi todo apretando botones o manipulando mandos sencillos. Y a partir de aquí es como el niño, este nuevo hombre, construye *su* mundo: una superestructura es su punto de partida, mientras que en el hombre de la anterior revolución la superestructura era el punto de llegada. La utopía ha surgido de nuevo como hilo conductor de la historia. (Desde el principio de los tiempos, el hombre ha perseguido toda clase de utopías, menos la más lógica: hacerlo todo bien, sencillamente.)

Ese hombre del mañana ya ha nacido. Colón y los Pinzones ya navegan por la información. Pero sus naves las hemos comenzado a construir nosotros y, si han de conocer buena singladura, las habremos de perfeccionar al máximo. Con los nuevos medios, con unas máquinas y unas telecomunicaciones interactivas que permitan a quienes arriben al nuevo mundo construir una sociedad inteligente.

* * *

Pues, bien; por muy esotérico y teórico que esto pueda parecer, quienes tienen mi edad, y más, saben que no estoy hablando a humo de pajas. Pertenecemos a una generación tan privilegiada como sufrida por cuanto que hemos sido testigos en primera fila del cambio y hemos tenido que luchar continuamente por adaptarnos a él, por no vernos desbordados por el mismo.

En el transcurso de nuestra generación hemos pasado del arado romano al ordenador. De trasladarnos a lomos de caballerías, a permitirnos la presencia prácticamente universal e instantánea que permiten las redes telemáticas. Posiblemente, más de uno, o de una, de los que me escucháis habéis tenido vuestra vida centrada en el campo, en un lugar muy concreto, al tiempo que vuestros hijos se conectan hoy a Internet y «viajan» por todo el mundo sin salir de la propia casa. Sin salir de Aracena o de la Sierra.

Y este es precisamente el tema de mi conferencia. En la nueva sociedad, la persona que trabaje en el sector de la información, en el sector de oficinas, del trabajo intelectual, que cada vez es el que más proporción de personas emplea, ya no tendrá que ir al trabajo, porque será el trabajo el que venga a la persona.

En este sector del que hablo, prácticamente todo se puede realizar a distancia: las gestiones bancarias, la compra, las gestiones con las administraciones («el papeleo»), la asistencia a espectáculos, el trabajo.

El trabajo a distancia, llamado teletrabajo, se extiende cada día más por el mundo. Empresas norteamericanas contratan gran parte de sus tareas burocráticas a personas de la India, de Filipinas o de Irlanda, que unen a su preparación y a su conocimiento del inglés unos salarios muchísimos más bajos. Además, con las diferencias en las horas entre estos países, puede continuarse el trabajo en ellos mientras que en los Estados Unidos es de noche.

En España puede ocurrir lo mismo respecto de los países hispanoamericanos, que hablan y escriben nuestro mismo idioma y tienen salarios más reducidos. El trabajo también se ha hecho internacional y lo mismo podemos atraerlo que ver cómo se nos marcha en cualquier momento.

Voy a dar unas cuantas cifras para que podamos comprender mejor la realidad. En 1996 había en los Estados Unidos más de ocho millones de teletrabajadores que no tenían que viajar diariamente a sus oficinas, sino que se conectaban a ellas a través del fax, del teléfono y del correo electrónico. El objetivo de la Unión Europea es que en el año 2000 haya en Europa veinte millones de teletrabajadores. En España, las últimas cifras de que dispongo hablan de cuatrocientos mil trabajadores en el momento actual. Y ello acontecía cuando la popularidad de Internet no había comenzado realmente a crecer en espiral. Un número mayor incluso de escritores, ingenieros, abogados y otras personas cuyos trabajos son relativamente autónomos permanecen ya en casa al menos durante parte de sus horas de trabajo. A los vendedores se les juzga por los resultados, de manera que si un vendedor es productivo no importa mucho el hecho de que esté trabajando en la oficina, en casa o en el camino a cualquier parte. Muchas personas que van a trabajar cada día a una oficina encuentran esto liberador y conveniente, pero a otras les produce claustrofobia permanecer en casa todo el tiempo. Otras más descubren que no tienen la autodisciplina suficiente

para hacer uso efectivo de la oportunidad de evitar tener que ir a la oficina. En los años venideros, millones de personas teletrabajarán al menos parte del tiempo a través de Internet.

Los empleados que realizan la mayor parte de su trabajo por teléfono son grandes candidatos al teletrabajo porque las llamadas se pueden reencaminar. Quienes se dedican al telemarketing, los representantes de servicios al cliente, los agentes de reservas y los especialistas en apoyo al producto tendrán acceso a tanta información en una pantalla en casa como tendrían en una pantalla de una oficina. Dentro de una década, las ofertas de muchos puestos de trabajo dirán cuántas horas se pretende que haga el trabajador en su domicilio a la semana y cuántas en lugares situados en un determinado lugar, tal como una oficina. Algunos puestos de trabajo exigirán que el empleado disponga ya de un PC para trabajar en casa. Las organizaciones de servicio al cliente podrán realizar muy fácilmente trabajo a tiempo parcial.

La dirección tendrá que adaptar sus métodos cuando los empleados y sus jefes se encuentren separados físicamente y todos los individuos tendrán que aprender a ser empleados productivos por sí mismos. También tienen que desarrollarse nuevos mecanismos de realimentación, de manera que tanto el empleador como el empleado puedan decidir sobre la calidad del trabajo efectuado.

Se supone que el empleado que está en una oficina trabaja durante todo el tiempo que permanece en la misma y que se le paga de acuerdo a ello, pero al mismo empleado cuando trabaje en casa solamente se le podrá juzgar (quizás, con un baremo diferente) de acuerdo al tiempo que esté trabajando realmente. Cuando un bebé comience a llorar, mamá o papá tendrá que poner el cartelito de «no disponible» y cuidar al niño, empleando para ello unos minutos de tiempo, que no le pagarán. Cuando mamá o papá vuelvan a estar libres para centrarse en el trabajo, el cartelito de «disponible» dirá a la red que comience a enviarle tareas que requieran su atención. El trabajo a tiempo parcial y la compartición del puesto de trabajo adquirirán nuevos significados.

El número de despachos de las empresas puede reducirse. Un solo despacho o recinto podría servir para varias personas que lo ocuparían de forma escalonada o irregular. Las grandes firmas de consultoría, como

Arthur Andersen y Ernest & Young, están entre las empresas que han sustituido muchos despachos privados y caros por menos despachos genéricos que pueden reservar los consultores que estén haciendo trabajos de campo. Mañana, las computadoras de un despacho compartido, sus teléfonos y las pantallas murales se podrán configurar para servir al ocupante de ese día. Para un día determinado, la pantalla del despacho mostrará la agenda del empleado que vaya a ocuparlo, sus fotos familiares y sus cuadros favoritos y más tarde en la misma pantalla aparecerán las fotos y los cuadros que quiera tener un empleado diferente. A cualquier lugar que vaya un trabajador le podrán seguir los ambientes familiares de su despacho como cortesía de las pantallas murales y de la red de banda ancha.

La tecnología de la información afectará a muchos más que a la localización física y a la supervisión de los empleados. Habrá de replantearse la misma naturaleza de casi todas las organizaciones mercantiles. Esto incluiría su estructura y el equilibrio entre el personal interno a tiempo total y los consultores y firmas externas con los que trabaja.

El movimiento de ingeniería corporativo comienza por la premisa de que hay modos mejores de diseñar empresas. La mayor parte de las reingenierías se han centrado hasta la fecha en la forma de hacer que se mueva la información dentro de la empresa de nuevo métodos. El próximo movimiento consistirá en redefinir la frontera entre la empresa y sus clientes y suministradores. Las cuestiones claves a replantear son: ¿cómo llegarán los clientes a saber de los productos?, ¿cómo harán sus pedidos?, ¿qué competidores nuevos surgirán a medida que la geografía vaya dejando de constituir una barrera?, ¿qué puede hacer la empresa para conseguir mantener satisfechos a los clientes después de la venta?

Las estructuras corporativas evolucionarán. El correo electrónico y las intranets son fuerzas poderosas que derribarán las jerarquías comunes a las grandes empresas. Cuando los sistemas de comunicación son suficientemente buenos, las empresas no necesitan tantos niveles directivos. Los intermediarios en el nivel medio de la jerarquía, que solían pasar información hacia arriba y hacia abajo de la cadena de mando, no son tan importantes hoy como antes.

A medida que la tecnología haga más fácil a una empresa encontrar expertos externos y colaborar con ellos, surgirá un mercado enorme y

competitivo para los consultores. Cuando deseemos que alguien nos ayude a diseñar un anuncio de respuesta directa pediremos a una aplicación de software que recorra la autopista de la información y nos haga una lista de consultores que reúnan determinadas cualificaciones, que quieran trabajar por no más de un cierto precio y tengan libre un periodo de tiempo adecuado. El software comprobará las referencias y nos ayudará a filtrar las personas que no estén cualificadas. Podremos preguntar: «¿ha trabajado con nosotros anteriormente alguno de estos candidatos y le hemos calificado de alguna forma?». O, «¿consentirá esta persona en no trabajar para nuestros competidores durante un cierto tiempo?». Si buscamos trabajo como empleado o como autónomos, el sistema encontrará a nuestros empleadores potenciales y podrá enviar electrónicamente nuestro curriculum vitae apretando simplemente un botón.

Las empresas reconsiderarán estos problemas relativos al empleo y se plantearán hasta qué punto deberían mantener un departamento financiero o legal extensos, basados en los beneficios relativos de contar con expertos dentro de una organización, versus los de fuera. Una empresa podrá recabar más ayuda fácilmente durante los periodos en que haya una carga de trabajo especial sin añadir más empleados a su nómina y el correspondiente espacio de oficina. Las empresas que consigan aprovechar los recursos disponibles en la red serán más eficaces, lo que provocará que sus competidoras hagan lo mismo.

Muchas empresas acabarán siendo mucho más pequeñas porque Internet les facilitará encontrar recursos externos y trabajar con ellos. Por supuesto que las empresas reservarán aún muchas funciones a empleados a tiempo total. Sería inmensamente ineficaz formar a una sucesión de profesionales externos para efectuar una tarea recurrente que podría realizar un empleado. Las empresas se centrarán en las tareas en que son competitivas y utilizarán a empleados internos para realizarlas. Pero un cierto número de funciones se dispersarán, tanto estructural como geográficamente.

La dispersión geográfica afectará a mucho más que a la estructura corporativa. Mucho de los principales problemas sociales de la actualidad han surgido porque la población se ha concentrado en áreas urbanas. Los inconvenientes de la vida ciudadana son obvios y sustanciales: el tráfico, el coste de la vida, la delincuencia y el limitado acceso al aire libre, entre

otros. Las ventajas de la vida ciudadana incluyen el acceso al trabajo, a los servicios, a la educación, a los espectáculos y a los amigos. A lo largo de los últimos cien años, la mayor parte de la población del mundo industrializado ha elegido vivir en áreas urbanas después de contrapesar consciente o inconscientemente sus pro y sus contras.

En el futuro, la superautopista de la información reducirá sustancialmente los inconvenientes de vivir fuera de una gran ciudad para quienes estén conectados a ella. Una persona podrá colaborar fácilmente con los clientes o con otros empleados desde prácticamente cualquier sitio como consultor o empleado en un campo relacionado con los servicios. En cuanto profesionales, podremos dispensar consejo financiero, legal e incluso médico sin salir de casa o sin hacer que el cliente abandone la suya. La flexibilidad se hará más importante a medida que se trate de equilibrar la vida familiar con la laboral. No tendremos que viajar siempre para ver a los amigos y a los familiares, o para jugar a algún juego. En la red habrá atracciones culturales de todo tipo. Los progresos que se produzcan en los tamaños y en las resoluciones de las pantallas mejorarán todas las imágenes en vídeo del hogar, incluidas las películas. La programación educativa será muy extensa. Todo esto liberará a quienes gusten de abandonar la vida ciudadana y animará la vida del campo y de los pueblos.

La comunicación electrónica es de una riqueza impresionante. Las personas mayores crecieron antes de que existieran estas opciones de comunicación y muchas de ellas se negarán a cambiar sus costumbres familiares. Pero las nuevas generaciones aportarán nuevas perspectivas. Nuestros hijos crecerán familiarizados con la idea de trabajar con herramientas de la información a través de la distancia. Estas herramientas serán tan naturales para ellos como lo son para nosotros el teléfono o el bolígrafo. En los próximos diez años comenzaremos a ver cambios sustanciales en el modo y el lugar que trabajemos, las empresas para las que trabajemos y los lugares queelijamos vivir.

* * *

Pero todo esto no es futuro, sino presente. Comunidades enteras en todos los países más avanzados del mundo están conectándose ya en redes virtuales a través de las cuales pueden montar perfectamente la mayor parte de sus actividades. Sin salir de España, hay experiencias muy importan-

tes en este sentido. La ciudad de Villena, en Alicante, ha dotado a mil hogares con ordenadores y ha tendido redes de telecomunicación por tiendas, oficinas del Ayuntamiento, bancos y empresas, para que sus habitantes entren en esta era de las comunicaciones en red.

La Costa del Sol, la Costa Brava, Canarias, Baleares, reciben cada vez a más extranjeros que además de hacer turismo y bañarse en las playas en épocas a las que en Europa les está vedado el buen tiempo, trabajan unidos a sus negocios y empresas, a sus bancos, a sus clientes, por redes de telecomunicación.

En toda Europa proliferan ya los llamados «telecottages», centros dotados de ordenadores y de líneas de comunicación de gran capacidad, situados en los pueblos, a donde va a trabajar la gente de los mismos que no disponen de estas herramientas en casa.

De este modo, aunque muchos no los sepamos, resulta que cuando encargamos, por ejemplo, un billete de avión nos están haciendo las reservas en pequeños pueblos de Escocia, mediante ordenadores y redes. O cuando enviamos un paquete a través de una empresa de paquetería nos gestionan el envío desde una aldea del Norte de Suecia. Y así podría mencionarles cientos de ejemplos.

Yo mismo he participado en la promoción de varios de estos telecentros rurales y en el asesoramiento a otros. Voy a comentar sólo una experiencia, por lo que tiene de significativa para nosotros. Este verano hube de volar al País Vasco el día después de la romería de la Peña, porque me habían invitado a dar una charla sobre teletrabajo y medio ambiente en un pueblecito llamado Gordejuela. El lugar es maravilloso. Un valle alargado entre suaves colinas verdes y boscosas con los caseríos desperdigados por el monte. Como contrapartida, pueden verse multitud de empresas en decadencia sometidas a procesos de reconversión, con la consiguiente pérdida de puestos de trabajo.

Cuando llegué al pueblo, el alcalde me mostró el lugar donde iba a celebrarse la conferencia. Se trataba de la Casa de la Cultura del pueblo, ubicada en un palacete de indiano con varias plantas que un grupo de entusiastas había llenado de ordenadores, al tiempo que el Ayuntamiento había alquilado a Telefónica una línea especial de comunicaciones para unirlos con el mundo exterior.

Al verlo, le comenté al alcalde y a los organizadores de la conferencia:

—¡Pero, hombre, si lo que tenéis aquí es un verdadero telecottage!

— ¿Qué es eso? —me preguntaron.

—¿No sabéis lo que es un telecottage? Pues entonces voy a cambiar mi charla, y en lugar de hablar de medio ambiente voy a hablar de los telecottages.

Así lo hice. Les gustó la idea del telecottage. La adoptaron y hoy tienen montado en dicha Casa de la Cultura uno de los telecentros rurales más bonitos y prósperos que conozco. En tan sólo unos meses, desde septiembre para acá, porque se pudieron manos a la obra inmediatamente, han formado en la informática a casi todos los chavales del lugar, que están guardando ovejas en su mayoría, y hoy están capacitados para hacer trabajos por ordenador. Además, están montando una red comercial con todas las empresas y negocios de la zona para conseguir recursos: a una tienda le llevan la contabilidad, a una empresa pequeña le diseñan una campaña de marketing, para otras hacen propaganda por correo. Y están empezando a trabajar para empresas del mismo Bilbao.

Con ello están incorporando a las actividades de futuro a unos jóvenes que de otro modo hubieran tenido que emigrar, y al mismo tiempo están atrayendo trabajo a la zona. En definitiva, están creando un patrimonio. Un patrimonio sin grandes complejos fabriles, sin fincas ni edificios. Un patrimonio virtual que contrasta con el patrimonio tradicional de case-ríos y fábricas.

De aquí la idea central de mi conferencia. Actualmente, la materia prima que más valor añadido proporciona no es la tierra, ni la ganadería, ni la fabricación. Esta materia prima es la información. ¿Suena raro? Pues pongamos unos cuantos ejemplos. El hombre más rico del mundo en la actualidad es Bill Gates, una persona que se dedica a fabricar software, es decir, instrucciones para los ordenadores. Palabras y frases, información en definitiva. Los mayores capitales del mundo invierten en cadenas de televisión o en contenido para las futuras autopistas de la información, cuyo embrión es Internet. El patrimonio de todos estos negocios es la informa-

ción, el conocimiento, y este conocimiento lo pueden ejercitar a través de las redes telemáticas desde cualquier lugar.

¿Y por qué no desde la Comarca de la Sierra? No es difícil comprender que cuando estuve en Gordejuela o cuando visito cualquier centro similar, pienso siempre en Aracena y en la Sierra.

Paisaje privilegiado. Zona tranquila, de clima apacible la mayor parte del año, con posibilidades turísticas incalculables porque conserva tradiciones y modos de vida de auténtica calidad, empezando por la gastronomía y la idiosincrasia de su gente.

¿Por qué permitir que su población joven siga emigrando. ¿Por qué no atraer a trabajadores cualificados que realicen sus labores aquí, y dejen en ella el producto económico de su trabajo? ¿Por qué no pensamos en montar telecentros, por ejemplo? Hay ayudas de las Comunidades Autónomas y de la Unión Europea. Incluso de empresas comerciales de telecomunicaciones e informática.

La solución está en dos puntos: Infraestructuras de telecomunicaciones y formación para el teletrabajo. Si queremos atraer una población cualificada o retener a nuestros jóvenes tenemos que dotarlos de medios para que puedan ganarse la vida desde aquí. Las posibilidades, como he venido diciendo, son muchas. Y ahora que estamos en los albores de esta nueva era, de nosotros dependerá aprovecharlas o no.

Francisco Ortiz Chaparro